

legislaturas había sido el intérprete del pensamiento imperial. Al ser llamado por el decreto de 23 de junio al puesto de ministro de Estado, muchos se persuadieron de que Napoleón volvía á las costumbres antiguas nombrando un primer ministro. Primer ministro ó no, Billault venía á ser el primer personaje del imperio. A él estaba confiada la tarea de mantener intacto el haz de la mayoría, intacto contra los disidentes que ya se adivinaban y contra los independientes elegidos á pesar de la candidatura oficial, contra Berryer, contra Thiers. Billault había conocido á estos dos ilustres personajes al principio de su carrera parlamentaria, cuando, modestamente confundido en las filas del tercer partido, evolucionaba al lado de Dufaure; pero había crecido desde entonces, y había crecido tanto que no se consideraba indigno de medirse con ellos.

No estaba destinado á librar el combate. La institución del ministerio de Estado estaba llamada á subsistir, pero no en provecho de aquel para quien parecía creada. En el mes de octubre, hallándose Billault descansando cerca de Nantes, en su finca de la Gressilliere, murió casi repentinamente, y en París la noticia de su muerte llegó casi tan pronto como la de su enfermedad. La emoción fué grande y, en el periódico *La France*, el Sr. de la Guéronnière no vaciló en proclamar que la pérdida era irreparable. La palabra disgustó, como si hubiese implicado una duda sobre los recursos del personal imperial. Apenas faltaban veinte días para la reunión de las Cámaras y era necesario proveer á la urgente necesidad. Rouher era el coadjutor de Billault y, en un momento premioso, tenía la suerte de estar á la mano. Bruscamente, y como para disimular el interregno, le fué conferida la sucesión. No se le nombró sin alguna desconfianza. El nuevo ministro de Estado era un abogado inteligente, un hombre de negocios consumado, un trabajador infatigable; más de una vez había hecho apreciar su espíritu fecundo en recursos, su facundia, su facilidad para abarcar los asuntos más diversos. A pesar de esta reunión de raras cualidades, subsistía el temor de que este personaje, muy notable en segunda fila, fuese deficiente para el primer puesto. Se le dió toda clase de auxiliares: Rouland, Vuitry, Forcade La Roquette, Chaix d'Est-Ange, todos llamados al Consejo de Estado, el primero como presidente y como vicepresidentes los otros dos. Después de lo cual, se esperó la apertura de las Cámaras, pero con un resto de aprensión cuyas huellas se encuentran en las correspondencias contemporáneas. Era opinión general que á Billault se le había dado más bien un sustituto que un sucesor.

El porvenir había de destruir estas aprensiones relegando á la penumbra al que acaba de morir y colocando en plena luz al que acababa de ser elevado al pináculo. A distancia, la fisonomía de Billault aparece en una perspectiva ya remota y con un relieve que empieza á borrarse. Colocado en los límites indecisos del imperio liberal que no había de ver, no deja más que el recuerdo un poco frágil de una elocuencia armoniosa, insinuante y persuasiva, que encantó algunos días y expiró de pronto en sus más bellos acentos. En el cuadro del segundo imperio, la elevada y maciza estatura de Rouher oculta un poco la figura endeble de Billault, y el que tuvo, sobre todo, ingenio desaparece detrás del

que, sobre todo, personificó la fuerza. Al dirigir una ojeada muy general al reinado de Napoleón, se encuentra al lado del príncipe, en los dos primeros años, un consejero osado y sagaz, Morny, al cual no le faltó gran cosa para ser un hombre de Estado; y, hacia el final del reinado, aparece otro consejero, Emilio Ollivier, tráfuga del partido republicano, que avanza por etapas y acaba por entregarse, pero que no se entrega hasta el último momento, de modo que todo permanece incierto en su tentativa, á excepción de su elocuencia y su patriótica honradez. A la hora actual, Morny toca al fin de su carrera, y Ollivier se desprende apenas del grupo de los *Cinco*. Entre estos dos personajes hallamos la dominación del hombre que el emperador acababa de designar como intérprete de su política. Vamos á verle insinuarse modestamente en sus funciones para instalarse luego en ellas como amo y señor. Se asimilará no solamente las cosas, sino que también á los hombres; y no se contentará con asimilárselos, sino que aspirará á absorberlos. Dirigirá la Cámara, tratará de imponerse al soberano y tenderá á disciplinar el personal imperial de modo que nadie pueda crecer fuera de su tutela. El emperador lo llamó al ministerio de Estado en 18 de octubre de 1863. Hay que tener presente esta fecha para la historia. Aquel día empezó el reinado de Rouher.

## X

El 5 de noviembre inauguróse la legislatura y el emperador saludó á los recién elegidos en breves y cordiales palabras: «Bien venidos seáis, les dijo... A pesar de algunas disidencias parciales, me felicito del resultado del escrutinio.» Y continuó con un doble acento de leal confianza y estudiada firmeza: «Todos me habéis prestado el mismo juramento y él me responde de vuestro concurso.» Al día siguiente, en el Palacio Borbón, el señor de Morny empleó el mismo lenguaje lleno de confianza, acentuando además la nota conciliadora y liberal. Hizo observar que «las últimas elecciones habían despertado aspiraciones dormidas durante algunos años.» «La palabra libertad, continuó, ha sido con frecuencia pronunciada y lo será todavía. Al gobierno no le importa.» Con mucha habilidad, hizo remontar hasta el príncipe el honor de la iniciativa. «La libertad, dijo, no puede establecerse pacíficamente sino mediante el acuerdo entre un soberano liberal y una asamblea moderada.» Thiers, Berryer y otros habían sido combatidos á sangre y fuego por Persigny, y Morny se esforzó en borrar aquel mal recuerdo: «Los sufragios del pueblo han vuelto á traer entre nosotros á antiguas ilustraciones parlamentarias, y me atrevo á decir que, por lo que á mí toca, heme alegrado mucho de ello.» El presidente de la Cámara concluía con un sentido llamamiento á la concordia, exhortando á todos para que procurasen resolver las cuestiones sin más fin que el de los verdaderos intereses del país.

Cada una de esas palabras había sido meditada. Con su tacto exquisito, Morny había amoldado su lenguaje á las necesidades de la nueva política que vislumbraba de lejos. Su discurso era como una indicación, muy breve sin duda, pero bastante clara para que fuese comprendida: enseñaba discretamente á su soberano el ca-

mino por el que debería tomar la delantera á su pueblo: de este modo el emperador dirigiría el movimiento, y lejos de tener que aceptar las reformas, éstas le darían popularidad. Al expresarse así, Morny se adelantaba mucho á la mayoría de sus colegas, unos muy refractarios á todo programa liberal y otros demasiado tímidos para formular sus aspiraciones y confesar sus esperanzas. Sin embargo, desde los primeros días de la legisla-

sumisión y lo que ya apuntaba de nueva independencia.

Desde el examen de las primeras actas, las protestas revelaron toda clase de abusos en provecho de los candidatos oficiales: inscripciones de electores después de cerradas las listas, laceración de carteles, intervención de funcionarios, irregularidades en el escrutinio. Antes, el temor de perjudicar á la autoridad hubiera hecho disimular tan lamentables desórdenes. De un modo gene-



Rouher

tura, una observación atenta hubiera permitido adivinar los rasgos particulares que distinguirían la nueva asamblea de la que acababa de desaparecer. La Cámara, en conjunto, no era una Cámara liberal; pero era ya una Cámara emancipada. A principios del imperio se habían acumulado tesoros de obediencia; esos tesoros no estaban agotados todavía, pero ya no se renovaban. Los hombres en gran parte eran los mismos; pero volvían con vacilaciones, con una fe menos robusta en el principio de autoridad. Necesitábase el ojo experimentado de Morny para discernir desde el primer momento aquellos matices confusos, únicamente visibles á intervalos. En el examen y discusión de las actas apareció algo más claro aquel estado de espíritu. Siendo contestada la validez de ciertas elecciones, se entablaron debates de una viveza y una espontaneidad que años atrás hubieran causado gran sorpresa. Aquellas primeras sesiones permitieron apreciar lo que quedaba de la antigua

ral, las comisiones desecharon toda timidez y publicación, sin disimularlo mucho, el resultado de las informaciones. Luego adoptaron una línea de conducta que consistía en computar los votos de los candidatos rivales. Cuando la diferencia era demasiado grande para que los manejos hubiesen podido influir en el resultado del escrutinio, se negaban ordinariamente á una reelección que hubiese despertado las pasiones dormidas: condenaban los excesos en términos más ó menos enérgicos según el espíritu del ponente, y después de haber insinuado que los candidatos de oposición habían empleado medios casi iguales, proponían la aprobación del acta. Esta imparcialidad, aunque muy incompleta, no dejaba de tener su mérito, si se tiene en cuenta que el tribunal ante el cual era llevada el acta del candidato oficial se componía en gran parte de candidatos oficiales.

Vióse á varios individuos de la mayoría deplorar muy

públicamente la desaparición de sus colegas que habían sucumbido en la lucha. Flavigny había sido derrotado en Indre y Loira. Cuando el dictamen sobre el acta de su contrincante, Sr. de Quinemont, se incluyó en el orden del día, hubo en la Asamblea un concierto unánime de manifestaciones de sentimiento por la desaparición del vencido. Si se tiene en cuenta que este mismo personaje había sido objeto de todos los rigores del gobierno antes de las elecciones, la lección, aunque indirecta, era muy transparente. Las mismas manifestaciones de aprecio acompañaron al Sr. Lemercier, que, derrotado en el Charente, se hallaba, en plena juventud, apartado de la vida pública. Lo más singular era que los individuos de la mayoría de la comisión, personas generalmente de amplio espíritu y muy por encima de los pequeños rencores electorales, se asociaban á veces á dichas manifestaciones.

Un indicio notable de la independencia de los espíritus es que varios candidatos de la oposición, vencidos en el último escrutinio, encontraron entre los diputados imperialistas sus más entusiastas defensores. Casimiro Perier, vencido en el Iserre, fué valerosamente defendido por Larrabure. Pocos días después fué discutida el acta del Sr. de Faucourt, jefe del gabinete de Persigny, elegido en el Sena y Oise contra Garreau, quien fué defendido por el honrado Sr. Segrís, que pronto había de figurar entre los diputados más elocuentes de la Asamblea. Produjo éste una impresión profunda cuando, elevando el debate muy por encima de la cuestión personal, exclamó: «El pueblo ha votado por el imperio, pero al mismo tiempo ha votado por la libertad.» La Asamblea estuvo á punto de ceder á su llamamiento. Al procederse á la votación, 84 sufragios, minoría enorme para aquellos tiempos, se pronunciaron contra la validez de la elección.

Pero estos arranques de independencia eran raros y á menudo seguidos de regresión. En la mayoría había un grupo compacto de *imperialistas puros*, refractarios á toda innovación. Estos empezaban á manifestar la pretensión de ser los verdaderos sostenedores del reinado y los únicos capaces de asegurar su duración. Un día, durante la discusión de actas, tuvieron ocasión de proclamar sus sentimientos. Uno de los vicepresidentes del Consejo de Estado, el Sr. Chaix d'Est-Ange, á propósito de una elección contestada, quiso demostrar como ciertos candidatos habían sido sostenidos y otros abandonados, y de paso describió el tipo ideal del diputado fiel: «Todos tenemos amigos, dijo. El gobierno tiene muchos, en grados diversos. Los unos, abnegados, sinceros, no nos echan en cara nuestras faltas y nuestros errores y no hablan de ellos jamás. Estos son los amigos del *primer grado*. Hay otros, numerosos, que también se dicen abnegados, pero que saben descubrir nuestras faltas, que las publican y hasta las agravan, defendiéndonos. Estos son los amigos de *segundo grado*... ¡Ah, señores!, todos tenéis el derecho de elegir á vuestros amigos, y estoy seguro de que todos preferís los primeros. Pues el gobierno los prefiere también.» Cada una de las frases de esta declaración fué marcada con risas y señales de asentimiento, y los aplausos acabaron en manifestación. Pero hasta á través de estos aplausos se podía discernir cierto cambio. La antigua mayoría ¿hubiera cuidado tanto de afirmarse si no hubiese sentido que la vieja

disciplina se había aflojado un poco? Emilio Ollivier se levantó para contestar al Sr. Chaix d'Est-Ange y combatió muy calurosamente la teoría gubernamental: «*Pessimum inimicorum genus laudantes*, dijo recordando una frase de Tácito. Los peores enemigos son los que aprueban siempre.» Emilio Ollivier figuraba aún en la extrema izquierda y apenas había marcado su evolución hacia el centro. Sin embargo, sus palabras fueron objeto de una aprobación bastante marcada: era la contramanifestación de los que, atentos á descubrir ó á señalar las faltas, se hallaban desdeñosamente colocados en la segunda categoría de los amigos.

Por mucha que fuese la indulgencia en favor de los candidatos oficiales, esta debilidad no llegó hasta la amnistía cuando la corrupción por dinero era demasiado visible ó cuando los manejos fraudulentos habían llegado al escándalo.

El Sr. Isaac Pereira había sido elegido en los Pirineos Orientales. El examen de las protestas reveló numerosas liberalidades, y tan próximas al día de las elecciones que era difícil no ver en ellas una verdadera compra de votos. Defendiéndose, el nuevo diputado acabó por perderse: «El dinero, dijo, entró por muy poco en mi elección.» Esta semiconfesión impresionó á los menos rigoristas, y la elección fué anulada.

La difusión de un libelo difamatorio escrito en alemán hizo invalidar al Sr. Zorn de Bulach, elegido en el Bajo Rin.

La intervención demasiado manifiesta de ciertos funcionarios públicos y la apertura de numerosas tabernas en vísperas del escrutinio hizo anular en Cambrai la elección del Sr. Boittelle, hermano del prefecto de policía.

Entre todas las actas, había una que despertaba singular curiosidad. El diputado electo, oriundo del departamento del Gard, había salido pobre de su país natal y, después de vivir largo tiempo en Egipto, había vuelto cargado de riquezas. Se llamaba Bravay. Después de haber adquirido la opulencia, se le antojó adquirir honores. Corrían sobre su vida privada y sobre su pasado toda clase de rumores que parecían aconsejarle la obscuridad. Sin embargo, allá, en el país de las pobres y pedregosas *garrigas*, la gente señalaba con admiración aquel *nabab* que derrochaba el oro, y su influencia sería irresistible si al prestigio de la fortuna se añadía algún señalado servicio. Precisamente la bella ciudad de Nimes estaba abundantemente provista de todo, excepto de agua. Habíanse elaborado muchos proyectos, pero sin resultado, y cualquiera que resolviese la *cuestión de las aguas* podía contar con la gratitud pública y con los votos. Fundóse una sociedad con los capitales de Bravay. Aun no se había dado principio á los trabajos, ni anunciaba nada que tuviesen que empezar, cuando se abrió el período electoral. Con mucha audacia, cinco días antes de las elecciones, el candidato organizó una fiesta solemne para la colocación de la primera piedra del canal. Los sufragios acudieron al que ya era considerado como el bienhechor del país. Al ser examinada su acta por la Comisión legislativa, aquella aparatosa fiesta pareció una maniobra demasiado atrevida para no llamar la atención. Sin embargo, al defender su elección, el *nabab* tuvo una frase elocuente: «No podía imaginarme, dijo, que después de haber luchado en mi ju-

ventud contra la pobreza, tuviese que defenderme más tarde contra la fortuna.» Entablóse una lucha singular entre la Cámara, que rechazaba aquel nuevo colega, y el sufragio universal, que se obstinaba en elegirlo. Excluido una primera vez, Bravay fué elegido de nuevo, y una segunda invalidación fué seguida de una tercera elección. Cansado, el Cuerpo legislativo cedió. Una vez admitido, Bravay volvió á la obscuridad de la cual le habían sacado un instante sus aventuras. Dejóse ver poco en el Palacio Borbón, y se contentó con el ruido que su elección había causado.

Los presidentes de sección, los simples consejeros, llevaron el peso de la discusión. Se les vió ejercitarse en las luchas parlamentarias, á la vista de sus jefes y de sus colegas, que procuraban descubrir sus méritos y pronosticar su porvenir. Un día pudo creerse que de entre ellos acababa de surgir un gran orador. El 19 de noviembre, á propósito de una elección de la Gironda en que el candidato de la oposición democrática, señor Lavertujón, tenía casi tantos votos como el candidato oficial, uno de los presidentes de sección se levantó de su banco para contestar á las protestas. Se llamaba



Casimiro Perier

En previsión de grandes debates, el poder había duplicado sus fuerzas, como se dobla la guardia en un edificio en que pueden estallar tumultos. ¡Cosa singular! El imperio, enemigo de los abogados, había reunido para su defensa mayor número de ellos que ningún otro gobierno parlamentario. Al principio de cada sesión, los oradores oficiales tomaban asiento al pie del hemicycle y formaban un grupo distinto y numeroso en medio del Cuerpo legislativo. La discusión de actas, por animada que fuese, ofrecía un campo mediocre á Rouher, que se reservaba para la discusión del mensaje: el ministro presidente del Consejo de Estado, Sr. Rouland, tomó la palabra una vez, pero como hombre á quien la elocuencia no interesa ya mucho: pronto el cargo de gobernador del Banco de Francia había de ofrecerle un lucrativo retiro, y se retiraría de la vida política activa. De los vicepresidentes, el Sr. de Parieu era demasiado generalizador para que le gustaran las cuestiones personales; el Sr. de Vuitry estaba sobre todo versado en las cuestiones económicas. En cambio, el Sr. Forcade la Roquette en las cuestiones económicas. En cambio, el Sr. Chaix d'Est-Ange intervino varias veces con éxi-

Thuillier. Desde las primeras palabras sorprendió al auditorio. El abogado del gobierno inauguró un nuevo método que consistía, no en justificar al candidato oficial, sino en llevar la guerra al campo adverso. Substituyó la defensa con la acusación. No negaba los manejos electorales, pero descargaba de ellos al gobierno para endosárselos á la oposición. Fué vehemente hasta la violencia, y más de una vez sus acusaciones parecieron diatribas. Toda la Cámara se sintió sacudida por aquella palabra llena de imágenes, algo desordenada, pero siempre enérgica y con frecuencia abrumadora. Al terminar su discurso, los individuos más ardientes de la mayoría acudieron presurosos á felicitarlo. Pocos días después intervino en los debates sobre una de las elecciones del Iserre, y obtuvo un nuevo triunfo. Todos los que en la Cámara representaban al imperio autoritario encarnaron desde aquel momento sus pasiones en las pasiones de Thuillier y se unieron para ensalzarlo. Los liberales y hasta los diputados de la oposición habían sentido demasiado las heridas de aquel implacable adversario para contestar su vigor: sin embargo, añadían que aquella manera virulenta fatigaría pronto, si no se

dominaba; además, averiguaban el pasado del orador, ex comisario de la República en 1848, y satirizaban un poco á aquel *condottiere* de la elocuencia, dispuesto á servir con igual empuje á los partidos contrarios. Sin embargo, en los círculos parlamentarios todo el mundo hablaba de Thuillier. De pronto se hizo célebre, al extremo de inspirar celos lo mismo á sus jefes que á sus iguales. Actor de un día en la escena política, no hizo más que atravesar el Palacio Borbón: no fué más que una aparición, pero demasiado brillante para que su nombre sea omitido en la historia del segundo Imperio.

La discusión de actas había terminado en medio de todas esas impresiones. La Cámara, definitivamente constituida, había empezado ya sus trabajos legislativos. Los dos ilustres resucitados de las antiguas asambleas, Thiers y Berryer, llamaban la atención general: todo el mundo observaba su actitud y esperaba sus declaraciones. La curiosidad quedó pronto satisfecha: uno y otro, en el intervalo de pocos días, hicieron su regreso á la política, el primero á propósito de cuestiones de hacienda y el segundo á propósito de las libertades generales.

El gobierno había tenido que confesar una situación financiera, si no muy grave todavía, bastante difícil. Como la deuda flotante se acercaba á mil millones, había solicitado al Cuerpo legislativo la autorización de contraer un empréstito de 300 millones. Apenas obtenida la autorización, depositó en la Cámara un nuevo proyecto de ley relativo á créditos suplementarios que se elevaban á 93 millones. La primera petición había sido acogida con una buena voluntad muy general. A la segunda, las quejas fueron algo más vivas; el ponente de la comisión había denunciado, en términos bastante severos, el gravamen de los impuestos, el aumento de la deuda pública y la supresión de la amortización; y como la mayor parte de los créditos se referían á la expedición de México, había manifestado el deseo de que la arriesgada expedición tuviese un próximo término. El 8 de enero de 1864, puesto á discusión el proyecto, Berryer pidió la palabra. Al levantarse para hacer uso de ella, se produjo un silencio profundo y solemne, tan viva era la curiosidad por oír á aquel grande anciano, cuya palabra no se había tenido ocasión de escuchar desde hacía tanto tiempo y cuyos labios iba quizá á sellar pronto la muerte. Todo contribuía á asegurarle una atención respetuosa. La causa que iba á defender era la causa de la probidad, de la economía, de la prudencia, causa muy simpática á la mayoría. Los veteranos de las antiguas asambleas recordaban su lucidez maravillosa en materia de cifras, y todo el mundo abrigaba la convicción de que con su método tan seguro aportaría mucha luz. Merced á su edad avanzada y á la imponente unidad de su vida, se hallaba muy por encima de los partidos y de las pasiones. Desde sus primeras palabras, apartó de sí todo lo que hubiera podido ser recuerdo irritante. «No vengo á acusar, sino simplemente á advertir,» dijo. Y todo su discurso fué, en efecto, un aviso. Empezó por señalar las cifras sin ninguna recriminación personal, sin ningún comentario inútil, sino con una moderación sencilla, más fuerte que la vehemencia. «Es fácil enumerar, dijo, los recursos puestos desde 1852 á disposición del ministro de Hacienda. Recurrióse desde luego á empréstitos por medio de suscripción pública. Estos empréstitos se eleva-

ron á unos 2.057 millones. Pidiéronse además 100 millones al Banco de Francia en calidad de préstamo, y 116 millones á la Caja de dotación del ejército; diferentes operaciones sobre las obligaciones trentenarias produjeron unos 290 millones, y todo eso eran verdaderos empréstitos. Los 157 millones de saldo pagados por los rentistas en el momento de la conversión fueron también un verdadero empréstito. Hay que añadir á la suma total de estos empréstitos el aumento de la deuda flotante. Esta era de 614 millones en enero de 1852, y hoy se eleva á 971 millones. Por consiguiente ha habido en realidad para el Tesoro un ingreso de 357 millones, que se han gastado.» «Estoy asustado de llegar al total, añadía el orador, vacilante y como espantado, en efecto, de sus propias conclusiones; pero resulta que en doce años la cifra total de nuestros empréstitos se ha elevado á 3.144 millones.» Esta cifra tenía por sí sola una elocuencia que ningún desarrollo oratorio hubiese igualado. Berryer comparaba este cuadro general con las declaraciones formuladas por el señor Fould en su famosa *memoria*. «No habría ya, dijo hace dos años el Sr. Fould, gastos empeñados sin el asentimiento previo del Cuerpo legislativo. No habría ya créditos suplementarios, una vez que los presupuestos serían formados con madurez.» Los créditos pedidos ahora ¿lo eran en ejecución de esas promesas? Se habla de créditos suplementarios, añadía Berryer, pero ¿se trata realmente de créditos suplementarios? Las expediciones lejanas, la de México en particular, hubieran sido emprendidas con singular imprevisión si no se hubiesen calculado sus consecuencias materiales. No ha habido sinceridad perfecta en las relaciones del gobierno con el Cuerpo legislativo. Porque, en lo concerniente á la cuestión de México, no puede admitirse que á principios de 1863 se ignorasen los gastos que habría que soportar durante el año. Berryer no insistía, pues se había impuesto como regla el no pronunciar una sola palabra que fuese propia de un enemigo. Elevándose á las generalidades, suplicaba al gobierno que volviese á las sanas prácticas de los regímenes económicos y sensatos. Recomendaba la prudencia en la emisión de bonos del Tesoro. Deploraba que el servicio de la amortización se hubiese suspendido, y esto á pesar de la ley, del interés de los rentistas y del interés del Estado. Criticaba, pero con moderación, las expediciones lejanas, siempre costosas, á veces más perjudiciales que útiles al comercio: «Conjuro, decía elevando cada vez más su pensamiento, conjuro al gobierno que mantenga en medio de los Estados europeos la paz de Francia.» Y terminó con estas sentidas palabras: «Hablo sin ningún sentimiento personal. A mi edad no se tienen esas preocupaciones; el porvenir no es para mí; pero siempre seré fiel á mi pasión por los bellos y felices destinos de mi patria.»

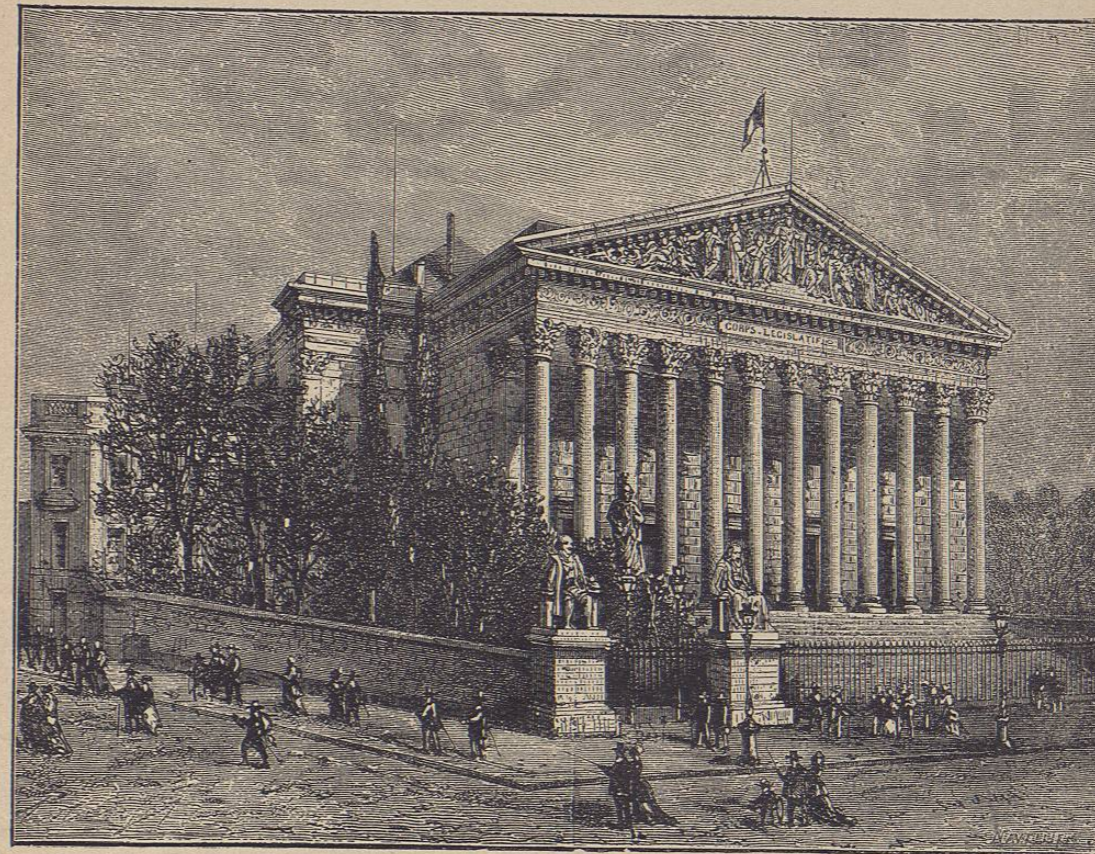
Tal fué el discurso de Berryer. Todo lo que podía decirse en favor del imperio lo dijo el Sr. de Vuitry en la sesión del día siguiente, y mostróse abogado probo y sensato, erudito y lúcido. No negó la importancia de los recursos extraordinarios que el gobierno había tenido á su disposición; pero procuró establecer que estos recursos extraordinarios habían tenido todos una aplicación extraordinaria también: con el dinero de los empréstitos el emperador había llevado á buen término las guerras

de Crimea y de Italia, había intervenido en Siria y en China, y además se habían consagrado 787 millones á obras públicas. Entrando en detalles, trató de justificar la contabilidad del ministro de Hacienda; y concluyó dejando entrever el día en que, terminadas las expediciones remotas, podría atenderse á los servicios públicos con los ingresos ordinarios.

Si no se considera más que el resultado material, la victoria fué para Vuitry. Sólo catorce votos, pertene-

bertades *necesarias*, sin las cuales toda inspección era vana, y que importaba perseguir sin descanso. Como iba á discutirse el *Mensaje*, Thiers quiso formular ante la Francia entera el deseo que con frecuencia había manifestado en el círculo de sus amigos. Su discurso, que llenó casi toda la sesión del 11 de enero de 1864, merece ser analizado, pues pareció el manifiesto oficial del parlamentarismo renaciente.

El orador empezó por un insinuante llamamiento á



Cuerpo legislativo, fachada que da sobre el río Sena, construída en 1804-1807

cientos á la extrema izquierda, se pronunciaron contra el proyecto de ley. Pero todo el que escribiese la historia del Cuerpo legislativo contando únicamente sus votos, no trazaría más que una historia muy incompleta y muy infiel. El mismo día del escrutinio muchos diputados, y no de los menos adictos, se agrupaban en los pasillos y deploraban en voz baja la locura de las empresas lejanas, como la de México, y la exageración de las obras públicas; y añadían melancólicamente: «El gasto es ya inevitable; tal vez se ha dispuesto ya de los fondos; ¿podemos negar al gobierno un *bill de indemnidad*?» La inutilidad de la oposición desalentaba tanto á la oposición misma, que Berryer, ese magistral adversario de la ley, se contentó con abstenerse de votar. El voto era menos la aprobación de la política gubernamental que la consignación de un hecho consumado.

Lo que Berryer había hecho respecto á la hacienda, lo hizo Thiers respecto á nuestro régimen interior. Hacía tiempo que, en su hotel de la plaza de San Jorge, el ilustre hombre de Estado había formado una especie de programa *mínimum* de las reivindicaciones á ejercer contra el imperio. Ciertas libertades eran á sus ojos li-

la benevolencia de sus colegas, cuya confianza quisiera poseer; habló de su larga carrera, de su celo en consagrarse ora á la defensa del orden, ora al servicio de la libertad, según que uno ú otra estuviesen amenazados; proclamóse hijo del 89, y halagando luego los sentimientos de la mayoría, hizo acto de adhesión al principio de la soberanía nacional, declaración que fué calorosamente aplaudida por los diputados del centro.

Terminada su propia historia, Thiers hizo la del Cuerpo legislativo, y la hizo de un modo algo desdeñoso. Sus palabras concordaban con esos aires de superioridad que Thiers se daba á veces con sus colegas, y fueron interrumpidas por algunas protestas, pero cortas y pronto calmadas; restablecióse el silencio, profundo, casi respetuoso; y se necesitaba mucho, porque la voz del orador que hablaba desde su escaño era tan débil que los taquígrafos se quejaban de que no oían.

Toda huella de mala impresión desapareció cuando el ilustre hombre de Estado, después de haber recordado los decretos de 1860 y 1861, atribuyó todo el mérito de los mismos al soberano. «Aconsejé á mis amigos que prestasen juramento al emperador, dijo. Por